

Ledicia Costas

La señorita Bubble

La primera aventura



Ilustraciones de Andrés Meixide

ANAYA

La señorita Bubble

© Del texto: Leticia Costas, 2020
© De las ilustraciones: Andrés Meixide, 2020
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2020
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, noviembre 2020

Diseño de cubierta: Andrés Meixide

ISBN: 978-84-698-6637-5
Depósito legal: M-24923-2020
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ledicia Costas

La señorita Bubble

La primera aventura

Ilustraciones de Andrés Meixide



ANAYA

Noa y Sofi



El mundo es como una macedonia o un helado de *tutti frutti*. Hay gente para todos los gustos. Existen personas simpáticas, antipáticas, lunáticas, aristocráticas, fanáticas, reumáticas... Estas últimas se pasan la vida enfadadas, especialmente en los días de niebla. La niebla es muy traidora. Cuando respiran, se les mete dentro del cuerpo a través de los agujeros de la nariz, provocando que les duela desde la punta del pie hasta el hueso más alto del cráneo. Y de todos es sabido que el dolor y el buen humor son incompatibles. De hecho, el mal genio de las personas reumáticas es conocido mundialmente. El récord Guinness de cabreo lo posee un ruso. Defiende el título desde el año

1996. Permaneció enfadado noventa y tres días, con el ceño fruncido incluso cuando dormía. Se dedicaba a quejarse y a protestar sin descanso, arremetiendo contra todo aquel que se cruzaba en su camino. Y, por supuesto, durante esos noventa y tres días, no sonrió ni una sola vez. Cosa de las nieblas internas. Pero dejemos tranquilos a los reumáticos, que bastante tienen con soportar su propio mal humor. Me interesa hablar de otra clase de personas, de esas que son imaginativas, ocurrences y con una chispa tal que podrían encender una cerilla solo con concentrar toda la energía en su mirada. Así era Noa, una niña soñadora y creativa. Tenía nueve años y de mayor quería ser astronauta, solo para clavar en la Luna una bandera con las palabras: NOA, LA NIÑA EXPLORADORA, ESTUVO AQUÍ. Nuestra amiga tenía una hermana pequeña llamada Sofi. Con tan solo seis años, las ideas de Sofi estaban bastante claras: de mayor sería futbolista o política. Las dos formaban un equipo fantástico. A pesar de que algunas veces discutiesen por cosas de hermanas, se querían por la vida.

Sería maravilloso poder afirmar que el mundo está lleno de personas geniales como Noa y Sofi; que es raro encontrar gente ruin y aprovechada. Mas decir tal cosa sería mentir, y las mentiras no llevan a ninguna parte. Pero ya está bien de enredos, vayamos al corazón de la historia: todo empezó un lunes, que es el mejor día de la semana para que sucedan cosas. Las dos hermanas salieron tarde para el colegio. No fue culpa suya. La persona que venía a ayudar en casa y ponerles el desayuno por las mañanas después de que sus padres se fuesen a trabajar no apareció. Noa tuvo que hacerse cargo de todo: ayudar a Sofi a vestirse, hacerle la coleta, calentar la leche, coger las galletas y los cereales de la alacena, asegurarse de que se tomara todo el desayuno, preparar las bolsas de la merienda, organizar las mochilas... una lata. Sobre todo para una niña de nueve años. Pero a pesar de los obstáculos, le salió todo bastante bien, salvo por un detalle: dejó atrás el libro que tenía que devolver en la biblioteca del colegio aquella misma mañana. Se dio cuenta cuando ya habían recorrido la mitad del camino. Como

habían perdido el autobús, no les quedó más remedio que echar a andar. La escuela no estaba muy lejos de casa, unos 25 minutos caminando al paso de Sofi, pero si daban la vuelta para coger el libro llegarían tardísimo, así que Noa decidió que daba igual. Seguro que si se lo explicaba a la maestra encargada de la biblio, doña Úrsula (más conocida entre los niños como la Caniche), comprendería la situación. Era una señora con malas pulgas y alergia a los niños, pero en aquella ocasión Noa tenía una justificación de peso para no devolver el libro. O quizás no.

—¡No me vengas con historias! —le gritó doña Úrsula lanzando rayos y centellas por los ojos cuando intentó explicarle que había olvidado el libro—. ¡Estás castigada sin recreo! Ponte ahí de pie, contra la pared. Y nada de llevarte libros de esta biblioteca hasta que pase un mes. ¡A ver si así aprendes, cerebro de mosquito!

La cosa que más le gustaba en el mundo a Noa era leer. Visitaba la biblioteca varias veces todas las semanas. Cogía prestados libros que devoraba en casa como si fuesen un deli-

cioso pastel de chocolate y crema, y los devolvía siempre cuando correspondía. Se mire por donde se mire, aquel castigo era injusto.

—¿Un mes? —protestó la futura astronauta—. Pero si siempre nos estáis insistiendo en que tenemos que leer, que es bueno para la cabeza, para el vocabulario y para la vida. ¿Cómo puede una bibliotecaria castigar a una niña sin libros? Eso no tiene sentido —razonó, pensando en que con aquel argumento a doña Úrsula no le iba a quedar otra que cambiar de opinión.

—¡Demonio de niña! —le respondió la Caniche rabiosa, con todos los pelos de punta—. ¡Serás insolente! Pues que sepas que yo no consiento las insolencias. El mes acaba de transformarse en dos meses sin libros. Atrévete ahora a replicarme —añadió, clavándole la mirada como si la odiase con cada célula de su cuerpo.

En la biblioteca se hizo el silencio. El alboroto habitual del recreo cesó. Todos los niños se callaron de repente al ver a la Caniche fuera de sí y con los pelos de punta. No entendían por qué se ponía de esa manera. A fin de

cuentas, lo que había sucedido no era tan grave. Noa tan solo había olvidado devolver un libro.

Al llegar a este punto, la niña sintió la presencia de Sofi. Su manera de respirar cuando estaba nerviosa era inconfundible. La pequeña le tiró de la manga de la chaqueta para hacerse notar.

—Noa, ¿qué *paza*? —susurró temerosa.

Cuando se asustaba no era capaz de pronunciar la *ese* y hablaba así de raro.

—¡Tu hermana está castigada sin recreo y sin libros por cerebro de mosquito y por insolente! —le contestó doña Úrsula, con un inmenso desprecio.

—Noa no tiene cerebro de *mozquito*. Ella *ez* muy *lizta*.

—¡A callar! Empieza a picarme todo el cuerpo —protestó la Caniche rascándose los brazos con nerviosismo—. Esta maldita alergia otra vez. Venga, niña, fuera de aquí que me produces urticaria —le contestó a Sofi—. ¡Que corra el aire!

Los ojos de Sofi se llenaron de lágrimas ¡Qué mal le habían sentado las palabras de la



bibliotecaria! Noa, que ante todo era una niña comprensiva y sensible, se indignó. Doña Úrsula no tenía derecho a echar a su hermana de la biblioteca, ni tampoco a hablarles de aquella manera. Quería decirle a aquella señora todo lo que pensaba de ella y de su forma de tratarlas, pero las únicas palabras que le salieron fueron las siguientes:

—Estar en esta escuela es como estar con una cobra dentro de una jaula.

La frase no era suya. Precisamente, la había leído en el libro que se había olvidado en casa. Una historia maravillosa sobre una niña muy lista con poderes mágicos.

Doña Úrsula, al escuchar aquello de la boca de Noa, se trastornó por completo. Se puso roja, luego blanca y después azul. Todos los niños pensaron que iba a empezar a echar espuma venenosa por la boca, pero por suerte eso no llegó a suceder.

—¡A la directora! —bramó, con los ojos incendiados por la ira.

Noa agarró a Sofi de la mano y salieron de la biblioteca muy dolidas y también algo asustadas. Si la Caniche tenía malas pulgas, la

Bulldog era la reencarnación del diablo. No en vano eran hermanas.

—¿Qué le *paza a eza maestra*? —le preguntó Sofi a Noa—. ¿Por qué *noz* ha tratado tan mal?

—Debe ser reumática —razonó ella, que no le encontraba otra explicación a semejante comportamiento.

—¿Y por qué *ze razcaba* tanto?

—Porque a saber cuántas semanas lleva sin pasar por la ducha —le dijo en broma, para hacerla reír.

Noa llamó a la puerta del despacho de la Bulldog, pero allí no había nadie.

—¿Y ahora qué *hacemos*?

—Esperar aquí un poco, hasta que regrese, y aguantar la reprimenda. No te preocupes, que tú no has hecho nada —añadió, tratando de tranquilizar a Sofi—. Saldremos de esta, ya verás.

—¿Y *zi noz vamos*? —le preguntó la niña, que estaba realmente asustada—. *Podemos* decirle a mamá y papá que me empezó a doler la barriga o que me dio un ataque de *azma* y *decidizte* llevarme para *caza* corriendo.

¡Qué lista era Sofi! Noa tenía siempre la sensación de que ser la hermana mayor era lo mismo que ser una especie de mamá pequeña, pero aprendía de aquella jovencita todos los días. Dirigió una mirada rápida al exterior. El cartero acababa de entrar en el recinto de la escuela dejando el portal abierto. La idea de Sofi le parecía más brillante a cada segundo. Tenían la salida tan cerca...

—Ahora o nunca —susurró Noa, con el corazón latiendo al ritmo de pum-pum-pum.

Agarró la mano de Sofi con decisión y le dijo con voz muy baja:

—Nos vamos para casa. ¡Venga, corre!

Así fue como las dos hermanas, mezclándose entre el resto de niños que jugaba en el patio, salieron del colegio sin que nadie se diera cuenta. Ni la bibliotecaria ni sus compañeros de clase. Ni siquiera la maestra a la que le tocaba vigilar el patio, con la que estuvieron a punto de tropezar en su desenfrenada carrera hacia la libertad.

La señorita Bubble



Noa sentía que volaba sobre el asfalto. Sus pies tenían alas y ella era una paloma blanca, arriba, en el cielo. ¡Lo habían hecho, acababan de huir del colegio! ¡Qué atrevidas! En condiciones normales asumirían la reprimenda de la directora y el castigo sin rechistar. Pero doña Úrsula había sido tan injusta con ellas que no lo podían aceptar. ¡Rebeldía!

—¡Somos libreeeeeeees! —gritó Noa, sin dejar de correr ni de tirar de su hermana, que por momentos parecía quedarse atrás.

Esperó la respuesta de Sofi a su grito magnífico y liberador. Lo normal en una situación como esa sería que la pequeña la acompañase con una frase como esta: «¡Hasta nunca, gro-

seras!». O esta otra «¡Que os den morcillas, malditas!». Pero Sofi no dijo nada. Extrañada por el silencio de su hermana, Noa se detuvo.

—¡Sofi! —exclamó al verla con la cara encendida como un semáforo.

La niña se estaba ahogando. Cada vez que intentaba respirar emitía un ruido agudo que la ponía muy nerviosa.

—¡Sofi, perdona! Es culpa mía, que he echado a correr como una loca —se disculpó Noa mientras abría la mochila de su hermana para coger el inhalador—. Venga, dale un chufletazo.

La niña se había llevado varios sustos, pero desde que la doctora le había dicho que era asmática y que no podía separarse del inhalador, se sentía algo más segura. Por lo menos, si le daba un ataque, tenía aquel medicamento mágico que le ayudaba a respirar.

—¡Chufletazo! —exclamó Sofi cuando, por fin, tras varios minutos de nervios, recuperó el aliento.

Rompió a reír. Ella misma había inventado aquella palabra y le hacía mucha gracia cada vez que alguien de su familia la utilizaba.

—¿Estás mejor?

—Estoy, sí. ¡Pero no corras, porfa!

En ese instante, un ruido parecido a una traca de petardos explotando en el interior de una lavadora hizo que concentrasen sus miradas en la carretera. A lo lejos se acercaba aquella vecina inglesa tan estrafalaria, montada en su vehículo. La mujer se detuvo, apagó el motor y bajó.

—¿Estás bien? —le preguntó a Sofi después de dirigir una mirada al inhalador.

—Sí. Le he dado un chufletazo al medicamento mágico y ya respiro de maravilla —le explicó.

—¿Ese medicamento no servirá también para arreglar motores a vapor, verdad? —inquirió la mujer señalando el motor de su vehículo—. Como dices que es mágico...

Sofi no entendió la pregunta y se quedó mirando para ella con los ojos muy abiertos, observándola con toda su atención.

—Me encanta su vestido, su sombrero y el parche del ojo —le confesó la niña.

—¡Pues debes de ser de las pocas personas de este pueblo a las que les gusta mi atuendo!

Yo soy la señorita Bubble. Encantada de conocerte, Sofi.

Noa se quedó petrificada. ¿Cómo podía saber aquella mujer el nombre de Sofi? ¿Sería cierto aquello que decían en el pueblo de que era una bruja que secuestraba a los niños para cortarlos en pedacitos, atravesarlos con brochetas y luego merendarlos delante de la chimenea de su salón?

—¿Y tú eres Noa, verdad? —le preguntó la señorita Bubble mirándola a los ojos.

—Sí, soy Noa —le contestó ella con cierto temor—. ¿Pero cómo sabe usted nuestros nombres?

La señorita Bubble señaló el parche que cubría su ojo izquierdo antes de decir:

—Porque soy muy observadora.

«Qué rara es esta mujer», pensó Noa. Pero, al mismo tiempo, le parecía muy interesante y sofisticada. No había más que verla. Llevaba un vestido de los de antes. Era precioso. De color negro, con grandes mangas que parecían inflarse sobre los hombros, muy ceñido a la cintura y con una falda espectacular. Tenía mucho vuelo y acababa en un volante de en-

caje granate. Cuando se movía, por ejemplo al bajar de su coche, dejaba ver las enaguas de tul que llevaba por debajo. El conjunto se completaba con unas medias de rayas, unos guantes de raso hasta el codo y un sombrero con forma de chimenea.

—¿No le molesta el vestido para conducir su coche? —le preguntó Sofi.

La señorita Bubble sonrió, divertida.

—¡En absoluto! Si de algo estoy orgullosa es del diseño de este vehículo. Se llama Flash Bubble. Es comodísimo. De mis mejores creaciones.

—¿Lo ha diseñado usted? —intervino Noa, incrédula.

—Claro que sí —le contestó ella—. Como tantas otras cosas. Soy inventora y mecánica.

Noa miró fijamente el Flash Bubble y llegó a la conclusión de que la mujer decía la verdad. Jamás había visto nada igual. Para empezar, tenía tres ruedas. El asiento era un sofá de tres plazas de terciopelo granate con un hueco donde había un parasol violeta. Encima de la rueda trasera, una pequeña plataforma sostenía un barril repleto de cables y termostatos dorados. Dos enormes tubos de

escape se elevaban a un lado y a otro del barril. Eran como pequeñas chimeneas antiguas, acabadas en punta. El manillar tenía incorporado un timbre de bocina. Había que apretar una especie de pera de goma negra y el sonido salía por una boca dorada que imitaba a una flor. Noa se dio cuenta de que en el asiento, justo en la parte donde la conductora apoyaba la cabeza, estaba bordado el nombre de *lady Bubble*.

La mujer levantó el asiento, dejando a la vista un compartimento secreto. Allí, entre otras cosas, guardaba una caja de herramientas. Cogió una llave inglesa, un destornillador y una especie de trompeta y se puso manos a la obra.

—El tubo derecho está atascado —masculló aflojando los tornillos que cerraban la tapa del barril—. Parece que voy lanzando petardos por la calle. Ya me tienen bastante manía los vecinos de este pueblo, ¡como para buscarme más problemas!

—Pero si es usted guapísima —le soltó Sofi, que siempre era sincera—. Es imposible que alguien le tenga manía. Manía le tenemos



nosotras a doña Úrsula, la bibliotecaria caniche del cole. Pero es mala, reumática y, sobre todo, fea.

La señorita Bubble apartó la vista de la tapa del barril, dejó lo que estaba haciendo y observó a Sofi desde su ojo azul.

—¿Doña Úrsula es la causante de que estéis faltando a clase?

Noa se puso roja al instante. ¡Lo que les faltaba! Para una vez que se escapaban de la escuela, las pillaban a los cinco minutos.

—No nos delate, por favor —le rogó—. Nos va a caer una buena.

—Sabéis que cuando en la escuela descubran que no estáis llamarán a vuestros padres, ¿verdad, niñas?

Sofi cogió aire y empezó a disparar como una ametralladora:

—La Caniche se ha portado fatal con nosotras y hemos tenido que huir. Les tiene alergia a los niños y odia a los cerebros de mosquito. Ella dice que mi hermana es uno de esos cerebros de mosquito, pero de eso nada. Noa es listísima, pero se olvidó el libro de la biblio en casa por culpa de nuestra cuidadora.

Así que tuvimos que escapar del cole, porque la dire está loca y si llega a saber que Noa le llamó serpiente a doña Úrsula, nos va a castigar hasta el año que viene sin recreo y sin respirar. Así que vamos a decirles a mamá y papá que sufrí un ataque de asma y por eso mi hermana tuvo que llevarme a casa. De esta manera nos libraremos de la reprimenda de la Bulldog. Ella es aún peor que la Caniche. Y, además, lo que estoy diciendo no es ninguna mentira. Usted ha visto mi medicamento mágico. He tenido que darle un chufletazo porque no podía respirar.

—¡Sofi! —la riñó Noa.

Adiós a su plan secreto. Ahora aquella desconocida lo sabía todo. Sofi era incontrolable, no había manera de que mantuviese la boca cerrada.

—No os preocupéis, vuestro secreto está a salvo conmigo —les dijo la señorita Bubble para tranquilizarlas—. Pero no estaría de más que avisarais a vuestros padres. Si los llaman desde el cole y les dicen que habéis desaparecido, se van a llevar un susto de muerte. ¿No os parece?

La gente de la aldea odiaba a la señorita Bubble desde que llegó. La inventora apareció una mañana soleada, conduciendo un descapotable que funcionaba a vapor, y se instaló en una casa deshabitada durante años. La rechazaron por su trabajo, por sus inventos, por su manera de vivir. Nadie sospechaba lo que realmente sucedía dentro de la mansión de la señorita Bubble.

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

1578582

ISBN 978-84-698-6637-5



9 788469 866375

